

Jubilación y recuerdos¹

Juan Jiménez Salmerón
Profesor de la ESCRBC

Queridos amigos: me vais a permitir que os aburra un poco pero no quiero irme sin dejar constancia de mi paso por esta Escuela, ya que su historia forma parte de la mía en estos últimos veinte años.

Me voy con la duda de si he sido un buen docente. Un cúmulo de circunstancias -el poco espacio, la falta de equipos debido a la penuria económica de los fondos con destino al mantenimiento del Centro y la disminución paulatina del horario lectivo por los cambios en los sucesivos Planes de Estudio-, crearon un mal ambiente que me ha hecho dudar de si he sabido inculcar a mis alumnos la necesidad del conocimiento fotográfico en el desarrollo de los estudios de Restauración. Ha habido algunas excepciones y muchos de ellos han captado la idea de que la fotografía forma parte esencial en el proceso de restauración.

Pero dejemos las lamentaciones y pasemos a los recuerdos. Mis primeros pasos por la Escuela, situada en el Museo de América, se remontan a 1976.

El Museo de América empezaba con sus obras eternas para recibir el aniversario del Descubrimiento de América y teníamos que salir de allí. Y las actividades escolares se repartieron por diversas escuelas de Artes Aplicadas de Madrid, hasta que nuestra *alma mater*, Angelina Villegas, nuestra jefa suprema en el Ministerio, se volcó en nuestra ayuda. Todos nuestros principios hacia arriba se lo debemos a ella. Nos proporcionó listas de edificios vacíos del antiguo régimen -Falange, Frente de Juventudes, Sección Femenina, colegios mayores...- y Javier Peinado y yo como secretario los visitamos todos, hasta el Pabellón de Locos del antiguo Hospital de San

1. Discurso leído durante el homenaje de jubilación en 1996 y revisado para su publicación en 2020.

Carlos, hoy Museo Reina Sofía, pero no se encontró un edificio adecuado a nuestras necesidades. Por fin, a través de una alumna, María Hita, se encontró este palacio con mucha historia y luego convento en ruinas, propiedad de la familia del famoso general Armada. Nos pareció ideal por sus dimensiones y situación cerca del Senado. Lo notificamos a nuestra jefa, lo compró y lo puso en manos de un arquitecto ministerial valenciano. Se nos pidió parecer para la distribución de los espacios, aulas, talleres y despachos; se levantaron planos, se hizo un seguimiento de obras... pero, al final, *Construcciones y Contratas* nos ignoró olímpicamente, aunque se procuró respetar la escalera principal y la Escuela de Cerámica de Madrid completó en sus talleres la azulejería, basándose en un azulejo encontrado entre los escombros. Al finalizar las obras, los arquitectos levantinos montaron una descomunal traca para escándalo de nuestra vecina, Pitita Ridruejo, muy devota de la Virgen María y muy conocida en la alta sociedad madrileña.

Imagen 1. Juan Jiménez con un grupo de alumnos en la sede del Museo de América.



¡Cuántas visitas, cuánto pasillo, cuánto papeleo hizo este secretario para conseguir y asegurar las certificaciones del agua, la luz, la calefacción, el teléfono...!

Bueno... Ya teníamos el edificio, ahora faltaba el gran empuje para convertirlo en una escuela moderna y poner en práctica todos nuestros deseos. Para eso necesitábamos una nueva dirección con otras miras de futuro.

Leocadio Melchor y Santiago Valiente, cada uno en su etapa, lo hicieron lo mejor que pudieron dentro de las posibilidades que tenían a su alcance. Con Melchor se inició nuestra entrada en la Escuela y tuvo que luchar con la escasez de medios, de espacios y económicos, para sacarnos dignamente del olvido. Con Santiago Valiente se inició el cambio de edificio y el pase de los profesores de interinos a funcionarios de carrera. Mis sinceros recuerdos a Pedro Sarmiento, nuestro inspector del Ministerio, quien gracias a su ayuda y consejos nos guió en nuestros primeros años. Santiago Valiente, en su última etapa de mandato, dio paso a Javier Peinado, nombrándole subdirector para que en la siguiente convocatoria de elecciones fuese nombrado director.

Un director sin equipo se puede decir que es como un jardín sin jardinero y no funciona perfectamente y, con gran acierto, Javier se dispuso a formarlo y nombró jefe de estudios a Julián García Flaquer, profesor de Historia del Arte. «Y ¿para el secretario?» -se preguntó- «Este puesto es de mucha responsabilidad... nadie quiere serlo...» «¿Y Juan?» -dice alguien- «No» -dicen otros-, pero Javier como católico practicante creyó en los milagros y, como Cristo, dijo: «Probemos...». Y se hizo el milagro, para asombro de unos y parabienes de otros...

Poco a poco me fui metiendo en un mundo fascinante y desconocido y, rápidamente, me adapté. Me entregué, mi vida era la Escuela, la viví como si formara parte de mí. Tuve una gran ayuda en Fernando Vizcaíno en las tareas administrativas. Muchas veces me veía navegando en el filo de la ilegalidad-legal para que la Escuela no parara y los talleres funcionaran sin faltarles herramientas y productos químicos. Raro tipo este Fernando, con sus teorías sobre el budismo, con su personal y estafalario horario -consentido por mí-, pero eficaz en el trabajo administrativo. Cuántas peleas, qué tipo más inteligente pero, como tal, con muy mala leche (con perdón); pero valió la pena tenerlo de compañero.

Retornando a nuestra vieja escuela del Museo de América, recuerdo que los inviernos, eran muy duros sin calefacción, solo funcionaba por las mañanas (la Escuela tenía horario de tarde). Dábamos las clases con guantes, abrigo y bufanda. ¡Querida torre! -¿Verdad, Javier?- Nuestros laboratorios allá arriba, dominando Madrid...



Imagen 2. El laboratorio de Fotografía en la torre del Museo de América.

Se inició la etapa de las discusiones sobre los Planes de Estudio y nuestro futuro como Escuela, con gran discrepancia de unos y otros pero cada uno, con sus propias ideas de taller, lo defendía con un fin común: la Escuela. Tuvimos nuestra propia revolución, con reuniones en nuestra cafetería Galaxia, de triste recuerdo. Pero en el ánimo de todos estaba que queríamos una mejor Escuela, con un mejor nivel de enseñanza, y conseguir para nuestros alumnos un título que fuese respetado y que tuviese mayor nivel académico que el que se pedía para entrar.

Sin olvidar a los demás directores, y espero que no se consideren ofendidos, el que verdaderamente ha dado el impulso definitivo para que esta Escuela tenga el nivel actual y sea considerada dentro y fuera de España, ha sido mi amigo –antes que mi director–, Javier Peinado quien, con su esfuerzo y su entereza, aún no reconocidos, ha conseguido que nuestra comunidad escolar avance y sea conocida y reconocida a todos los niveles.

Empezamos doce profesores pero han entrado otros nuevos en nuestra comunidad que la han enriquecido con unos magníficos profesionales, que nos han traído el regalo de engrandecer la Escuela con una nueva especialidad, el «Documento Gráfico», especialidad y profesores que rápidamente se integraron en nuestra familia escolar. Siempre me ha ilusionado que las plazas de profesores que fuesen quedando libres o de nueva creación fuesen ocupadas por antiguos alumnos, ya que han

Imagen 3. El autor, en unas prácticas de Arqueología de campo en los años 80.

experimentado en sus épocas de estudiantes nuestros fallos y nuestros aciertos; y que ellos, con una nueva visión, pudieran corregir los fallos y enriquecer los aciertos y, de esta manera, enlazar la vida de estudiante con la de docente. Y como ejemplo y demostrando día tras día su valía, aquí tenemos a Guillermo Fernández, Luis Cristóbal, Juan Carlos Barbero, Ana Calvo, Leticia Ruiz, María del Carmen Carretero, María José García Molina y una extensa lista que con el tiempo se va ampliando.

Las nuevas tecnologías aplicadas a los estudios de Restauración han hecho llegar a nuestra Escuela nuevos profesores, cuya entrega y profesionalidad quedan patentes en sus labores diarias y que, como dice el código militar, «¡por encima de su deber!».



Yo desde mi puesto de secretario he intentado ser un hacedor de buenos ambientes, unas veces lo he conseguido y otras... cuando se convive en grupo es muy difícil sintonizar con todos de la misma manera; es como en las familias, siempre hay un grado de preferencia hacia uno más que hacia otro. Como ejemplo, quiero destacar a Guillermo Fernández (¡pobrecillo, es el nuevo secretario, Dios te ayude!); siempre le he considerado más un amigo que un compañero y siempre me ha dejado asombrado su capacidad de trabajo y de entrega a la Escuela: responsable de las campañas de verano, transportista, restaurador de urgencias, de esos compromisos que yo llamaba «institucionales» y que la Escuela no debe negarse a realizarlos; para salvar esas situaciones, allí estaba Guillermo.

Recordando las campañas de verano, quiero dar públicas gracias a nuestro amigo José Navarro Talegón por su labor en pro de la Escuela para salvar las situaciones de penuria de los talleres, en la búsqueda de obras para restaurar y por la organización de las campañas de verano en su ciudad de Toro, adelantando los fondos para cubrir gastos a través de la Fundación González Allende que él dirige, y pagadas tardíamente por mi amigo Carlos de la Casa, entonces Director General de Patrimonio de la Junta de Castilla y León.

No quiero dejar de recordar a los que nos han dejado para siempre, los inolvidables compañeros Raúl Amitrano, creador de la revista *Pátina* en los tiempos difíciles de nuestra Escuela, y Juan Antonio Palomo, los cuales dejaron su impronta y que ya nunca se les olvidará, pues han quedado formando parte de la historia de nuestro Centro.

Quisiera hacer mención a nuestro personal de servicio, los cuales contribuyeron y contribuyen a que todo funcione ordenadamente. Cerezo, de la vieja escuela. Conchita, que con su entrega a la Escuela y al profesorado hace que la estemos recordando constantemente. A Felipe –¡quién puede olvidar a Felipe!-, el hombre inquieto, siempre haciendo cosas, nunca parado. Gracias Felipe por tu entrega. A nuestro inolvidable Jesús. Al nuevo personal: Cristina -digna hija de Conchita-, Marisa, Adela.

La Administración son las personas, y el grado de eficacia está en las personas que la forman en sus diferentes estamentos. Es como una escalera, nosotros somos un peldaño de esas escaleras que nos lleva a la

eficacia, y esta se consigue con la ayuda de los que en sus manos tienen el poder de hacerlo; nosotros siempre hemos tenido esa ayuda y, gracias a ella, somos lo que queríamos ser... Por su contacto más directo no debemos olvidar a nuestro inspector Miguel Ángel Muñoz Cuéllar, enlace de nuestros muchas veces tardíos informes, a su paciencia y su dar la cara por nosotros, salvándonos de desagradables situaciones. ¡Gracias Miguel Ángel!

Recordando, me viene a la memoria nuestra primera Subdirectora General, Angelina Villegas, pasando por José María Merino, hoy metido en lances de buen escritor y, por último, el que me despide, Javier García Velasco. A todos los nombrados y no nombrados, mis recuerdos y mis gracias por toda la ayuda que prestaron a mi Escuela.

Por último, mis recuerdos y saludos a todos vosotros. Y no quiero irme sin pedir perdón a todos aquellos a los que sin intención haya podido ofender o molestar.

Y para terminar y haciendo el recuerdo de una famosa canción:

NO LLORES POR MÍ ESCUELA, MI CORAZÓN ESTÁ CONTIGO

Gracias por vuestra paciencia

Escuela, 28 de septiembre de 1996

Juan Jiménez Salmerón ha sido profesor de Fotografía aplicada en la Escuela Superior de Conservación y Restauración de Bienes Culturales desde 1976 hasta su jubilación en 1996, ocupando el cargo de Secretario durante gran parte de su recorrido. Su carrera profesional comenzó con su contrato como fotógrafo especializado en el Instituto Arqueológico Alemán, donde trabajó entre 1952 y 1972. Amplió su formación con el Diploma de Fotografía del Instituto de Óptica (CSIC), obtenido en 1969, y con diversos cursos de especialización en Fotografía a color impartidos por el Departamento Docente de Kodak. En 1973 entró a trabajar como fotógrafo en la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas y, en

1974, ganó la plaza de Fotógrafo del Museo Arqueológico Nacional por concurso-oposición, de la que fue titular hasta 1983. Hasta ese momento compaginó este trabajo con su labor docente en la ESCRBC, ejerciendo también como profesor asociado en la Universidad de Alcalá de Henares en 1987-88. Su contribución a la fotografía histórico-artística es incuestionable, ya que siempre compaginó los trabajos de laboratorio y de campo, documentando monumentos, excavaciones y objetos de arte y arqueología por toda la geografía española y portuguesa, colaborando en exposiciones, tanto nacionales como internacionales, y participando en eventos fotográficos, como el primer Concurso Internacional organizado por el Ministerio de Información y Turismo, donde quedó finalista (Datos biográficos tomados de: Valiente Cánovas, Santiago y Ayarzagüena, Mariano (2018). La labor de Juan Jiménez Salmerón en la dirección del Gabinete Fotográfico del MAN, en Carretero Pérez, A., Papí Rodes, C., y Ruiz Zapatero, G. (eds.). Actas del V Congreso Internacional de Historia de la Arqueología / IV Jornadas de Historiografía SEHA-MAN. Arqueología de los museos: 150 años de la creación del Museo Arqueológico Nacional (Madrid, 21-23/03/2017), pp. 609-620. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.